

»Pero ya conoceis por experiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

»Y pues es de temer la tiranía,
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del claro reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañía
No se verá de mi desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Así que pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
A querereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

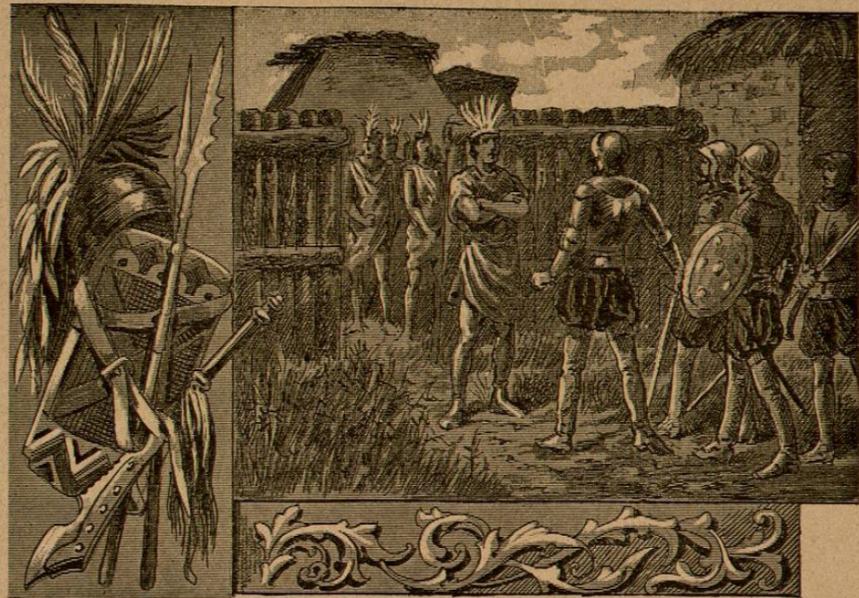
Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me sienta
Dividir en dos partes este cuento.



»Las muertes figurad y crüeldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse;
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron;
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viaje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declarase,
Llevó del ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.



CANTO XXXIII

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta cómo fundó á Cartago y la causa por qué se mató; también se contiene en este canto la prision de Caupolicán

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Asi Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa;
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el aire claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,
Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimientto
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria.
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que desollado
Hizo estirar el cuero en su presencia;
Y en tiras sutilísimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la reina sagaz y aviso estraño
Le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasia
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traia
Los ocultos tesoros escapados,
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque cuando el hermano lo supiese,
Faltando la ocasion no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos
Al orden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traídos maestros arquitectos,
Juntos los necesarios materiales,
Dió principio la reina valerosa
A la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por orden fabricada
Mostrándose los hados mas propicios,
En breve ennoblecida é ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó creando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento,
Y los términos cortos dilatava;
Así que, el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocava,
Vinieron á avecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
La invencion del papel, después hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel carta llamada,
Del cual nombre aun usamos hoy en dia:
Así aquella ciudad, edificada,
En el lugar por una piel medido
De carta la llamó Cartago Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros principes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al parangon con ella;
Así que, por milagro de natura
Como cosa no vista iban á vella,
Que no sé en los idólatras del suelo
A quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron;
Pero todas perfectas tantas cosas
Como en Dido en ninguna se juntaron:
Fué rica, fué hermosa, fué castísima,
Sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia, movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
A la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento
Como de tan gran rey despreciadora
Sobre ella con ejército vendria,
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el senado,
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente:
Causóles turbacion, considerando
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio difícil adelante:
Así que, ante la reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: «Sabrás que habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento,
De una loable pretension movido,
Pide que sin algun detenimiento
Veinte de tu consejo mas instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.

»Y siendo de sufrir áspera cosa,
Impropria á nuestra edad y profesiones
Dejar la patria cara y paz sabrosa
Por ir á incultas tierras y naciones,
A corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo rehusan,
Y con causas legítimas se escusan.

»Viendo que el caro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condescendiendo al impio ruego
En gran peligro la ciudad ponemos;
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado joven rey tendremos,
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

»Esto es en suma lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados;
Pues no es razon, si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

»Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos,
Y á nuestra abandonada cabecera
Al tiempo incierto del morir tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura,
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

»Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el mauritano rey protesta;
De modo que la paz y amor conserves,
Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
A la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentía en el ánimo otra cosa,
A todos los trató y miró de guisa
Tan agradable, blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasara
De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
Jamás os vi rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros esforzados
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruinada?»

»Es á todos comun, á todos llano
Que debe como miembro y parte unida
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida;
Y por razon y por derecho humano
De justa deuda natural debida,
A posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

»Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastara ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuán voluntariamente la ofrecia;
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido,
Por el camino de razon llevada,
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas y la voz alzada,
Le dicen todos juntos: «Como estamos,
Tus urgentes razones aprobamos.»

»Justamente, señora, sentenciaste
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

»Sabrás, reina, que Yarbas no te envía
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policia
Tiene su reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañía,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honrosas condiciones,
Y un infinito número de dones.

»Advierte, que si acaso no acetares
El santo conjugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciases
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuden á Cartago de cimiento:
Así que, en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

»Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con mas razon y fuerza mas urgente
Como cabeza á tí la ley te obliga;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

»Cuando á seguir estés determinada
El casto infructuoso presupuesto,
Mira á tus piés esta ciudad postrada,
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada
Debajo de promesa y de protesto,
Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»

Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que por mas que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada,

Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas mas nos necesite;
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os pareza á todos que es honesto.

»Que es mostrar liviandad, y demás deso
Falto á la obligacion y fe que debo,
Si del intento casto y voto espreso
A la primera persuasion me muevo,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo:
Así que, combatida de contrarios,
Son el tiempo y consejo necesarios.

»Tres meses, pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfaccion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto,
Y como instituidores de las leyes
Tienen mas ojos sobre sí los reyes.

»Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega,
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega;
Tomar pues menos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega,
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error y arguye culpa.»

Cerróse aquí la reina, y fué forzado
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento,
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales, por el ruego del senado
Y el gracioso hospedaje y tratamiento
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La reina la respuesta dilatava
Dando gratos oídos á su ruego;
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fe inmutable.

Llegado aquel funesto último dia,
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la reina se vestia
Subiendo en un exento y alto estrado,
Al pié del cual una hoguera habia
Para la imola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes: